



HILOS DE CRISTAL

YSERA SEVRIENS

SIREN  BOOKS

HILOS DE CRISTAL

YSERA SEVRIENS

SIREN  BOOKS

Primera edición: febrero 2024

© del texto: Ysera Seviens, 2024

© de la corrección: Patricia Rouco

© de la ilustración de cubierta: Inma Moya, 2024

© de la ilustración de las guardas: macrovector/Freepik

© de la presente edición: Editorial Siren Books, S.L., 2024

info@sirenbooks.es

<https://sirenbooks.es/>

ISBN: 978-84-127840-2-2

Depósito legal: M-35521-2023

IBIC: FRD

Impreso en España

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos; www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra..

«En este mundo hay soñadores y realistas. Lo lógico es que los soñadores se juntasen con los soñadores y los realistas con los realistas. Pero, muchas veces, pasa lo contrario. Veréis, los soñadores necesitan a los realistas para impedirles volar demasiado cerca del sol. ¿Y los realistas? Pues, sin los soñadores, podrían no despegar jamás».

—Cameron Tucker, *Modern Family*.

PRÓLOGO

Diane

Diane aún podía oír el llanto de su madre a pesar de que llevaba una semana entera sin derrumbarse. Al menos no en público. Si lo hacía, era cuando se iba a la cama y les decía a su hermano Jerome y a ella que estaba bien. Que *estarían* bien.

En términos económicos, sabía que no debían preocuparse. Su padre había muerto, pero la compañía aún tenía a la matriarca al mando y ella siempre había sido la más astuta a la hora de llevar el negocio familiar. Esas reuniones interminables que se venían dando en casa desde hacía una semana lo demostraban: había que trabajar y sacar la empresa adelante ahora que los accionistas retiraban su apoyo.

Sabía que estaba haciendo lo correcto y, aun así, le entristecía verlo.

—Puede con ello —le aseguró Jerome después de fingir junto a ella que no llevaban casi una hora esperando el fin de la reunión. Diane giró el rostro hacia él. Necesitaba verlo seguro para darle la razón—. No lo haría de no ser así.

—Mientes. —Lamentó que no funcionara—. Lo haría. Es nuestra empresa, si no lo hace, lo perderemos todo.

El suspiro escueto de su hermano siguió sin tranquilizarla. Tampoco el que le cogiera de las manos justo después.

Estaban sentados en uno de los amplios sofás del recibidor que daba a la oficina principal de sus padres. Ahora, solo de su madre. Si aguzaba la vista un poco podía ver el nombre de su padre aún acompañado del de su mujer en la placa junto a la puerta: Martha y Jean-Michel Lefèvre. No resultaba fácil leerlos porque el cristal donde estaban grabados reflectaba demasiado la luz del sol.

Tanto Diane como su hermano estaban acostumbrados porque todo a su alrededor estaba compuesto del mismo material, pero sabían que a los peces gordos que venían a reunirse con la mujer les costaba leerlos. Y eso era algo que habían intentado hacer con mayor ahínco esa semana porque la curiosidad era muy poderosa. Todos querían comprobar si Martha Lefèvre había quitado el nombre de su difunto esposo de la placa o no.

Era obvio que no formaba parte de sus planes a corto plazo.

—No estamos solos —volvió a decirle su hermano. Diane había pasado tanto tiempo mirando la placa con los nombres de sus padres que casi se había olvidado de él—. Podría delegar la empresa en cualquiera de sus socios de confianza. Si no se viera capaz...

—Jerome. —Le pidió parar con una mirada y él lo hizo en el acto—. Estoy bien, solo me molesta verla trabajando tanto. No necesito que me vendas que la situación es maravillosa, no seas como papá.

No tenía nada más que decirle y en el fondo lo agradeció. El silencio de su hermano ya demostraba que se había excedido, pero últimamente a Diane le costaba pedir perdón. Nunca le había supuesto un esfuerzo, pero desde la muerte de su padre... Todos habían cambiado de forma fortuita.

Se preguntaba cuándo volverían a ser ellos mismos.

Lo extrañaba demasiado. Su positividad, su carisma, sus ánimos constantes a perseguir cualquier idea frente a la racionalidad y el cuidado de su madre. Sentía que había perdido al pilar más importante de su vida, ese que la mantenía firme y la ayudaba a pensar que todos sus sueños podían hacerse realidad.

—Lo siento —le dijo a Jerome—, yo no...

Se calló cuando la puerta de la oficina de su madre se abrió. Siempre que pasaba se veían obligados a guardar la calma durante largos segundos en los que los asistentes a la reunión se decidían a salir. Eran al menos seis personas allí metidas, incluida la que los había citado.

Hasta que Diane y Jerome no vieron a su madre animando al resto a abandonar la estancia, ninguno se alzó del sofá.

Llevaban demasiados años viviendo del exitoso negocio de sus padres, sabían que debían fingir una sonrisa cordial, pero a la vez no dejarse ver muy ilusionados. Seguían de luto, al fin y al cabo. Aunque las ojeras de su madre se debían entender como producto de su incesante trabajo y no del lamento que padecía, para ellos no había lugar a dudas.

Diane se había maquillado las suyas esa mañana. Puesto que aún no habían empezado la universidad, se pasaba las mañanas diseñando y arreglándose hasta que a Jerome se le ocurría algo que hacer para matar el tiempo. A él le gustaba demasiado la economía como para ignorar que, de pensar en algo relacionado con ese tema, sería la situación de la empresa familiar.

—Chicos, ¿podéis pasar adentro, por favor? —les pidió su madre una vez se despidió de todo el mundo.

Ambos compartieron una mirada antes de que la mujer se diera media vuelta y se dirigiese al interior de su despacho masajeándose los ojos, claramente cansados. Jerome palmeó la espalda de Diane animándola a seguir adelante y ella se forzó a cumplir. Lo hizo con un amplio suspiro que le obligó a echar a andar después que él.

Ninguno dijo nada al entrar.

Diane ojeó los papeles sobre la mesa de su madre pese a saber que no iba a entenderlos del todo. Jerome, que hizo lo mismo, tampoco pareció comprenderlos. La dueña del despacho no se molestó en recogerlos, dejando que sus hijos los viesan sin importar lo que fuesen.

—¿Cómo ha ido? —preguntó su hermano.

Diane habría preferido que esperara un poco más para buscar respuestas.

—Bien —aseguró la mujer—. Sentaos, por favor —les pidió.

Los hermanos se miraron como si se animaran a hacerlo el uno al otro. La chica fue la primera en correr la silla porque prefería escuchar sentada. Odió tocar el respaldo porque, hecha de cristal como la inmensa mayoría del mobiliario en la casa, debería estar frío y, en cambio, lo notó templado. Alguien se había sentado ya allí.

Mientras Jerome se acomodaba, miró la mesa —de madera y cristal— y las decoraciones sobre esta —también de cristal—. Desvió la mirada a las estanterías que, si bien eran de madera clara, estaban repletas de marcos, figuras y trofeos, todos cristalinos. A veces costaba mucho entender que, pese a vivir rodeada de cristal, nada se asemejaba a la sensación de mirar por las ventanas y buscar el exterior. A través del ventanal detrás del butacón de su madre podía ver los jardines de su casa. Allí fuera todo parecía más tranquilo.

—Han aceptado la tregua —anunció la mujer. Ni Jerome ni ella se sorprendieron porque, en el fondo, habían tenido más esperanzas que ella en que así fuera—. En diez años, si no queréis dirigir el negocio, pondré nuestras acciones en venta.

Las de su padre y las de ella. Jerome y Diane aún no tenían porque apenas acababan de cumplir la mayoría de edad. No había prisa, los Lefèvre tenían casi la totalidad y por lo tanto la empresa era suya, no había necesidad de comprarle a nadie más. Ambos querían sacarse la carrera primero, prepararse para saber llevar un negocio.

—¿Y las ayudas...? —preguntó él.

Diane agradecía que su hermano tuviera más voz que ella en esos momentos.

—Las tendremos —aseguró su madre—. Ellos no eran problema, los demás lo son.

Se acababa de reunir con los inversores y accionistas más cercanos a su familia. Nunca les iba a faltar su apoyo, pero el resto... La muerte de Jean-Michel Lefèvre había puesto patas arriba todos los acuerdos y contratos más recientes. Los había que creían que Martha Lefèvre no sería capaz de sacar adelante el negocio sola y que ni Jerome ni Diane podrían ayudarla hasta dentro de muchos años.

Pero mientras tuvieran los apoyos necesarios, no se rendirían.

—Ya se verá la semana que viene. —Porque su madre iba a seguir con las reuniones en busca de nuevos inversores—. No os preocupéis por eso; centraos en la universidad. —La que empezaba en apenas dos semanas.

—Mamá... —la llamó Diane.

Esa fue la primera vez en la que su madre alzó la vista en su dirección desde que entraron. Sus ojos, azules como el cielo que se veía fuera, debían ser lo único que ambas tenían en común. La mujer era más alta que ellos, e incluso de lo que fue su padre. Tenía la piel tersa, haciéndola parecer de porcelana, y su melena larga y lacia parecía nacer de una fuente de chocolate.

Diane era más bajita, solía serlo si se la comparaba con el resto de las chicas de su edad. Era rubia y tenía el pelo ondulado y, pese a haber heredado las maneras de su madre, no había sacado su metabolismo. Tanto la mujer como Jerome podían comer sin parar que nunca engordaban. Ella, como pasaba con su padre, ganaba peso constantemente. No llevaba una vida sedentaria, pero necesitaba hacer el doble de ejercicio que los demás para poder perder peso. Y, puesto que no le preocupaba en demasía siempre y cuando estuviera sana, no iba a matarse a entrenar solo para parecerse un poco más a ellos. Era más corpulenta, y seguiría siéndolo siempre y cuando estuviera feliz consigo misma.

—Podemos esperar —añadió Diane a la conversación—. No es necesario que vayamos los primeros días. Hablaremos con el rector; tenemos la opción de recibir lecciones *online*. Si quieres...

—No —rechazó, contundente, y apartó la vista—. Me niego a que esto os afecte también a vosotros. Tenéis que seguir adelante, no...

—Si con que no nos afecte te refieres a que hagamos como si nada y vivamos en un estrés continuo... —La chica negó—. A mí no me apetece.

—Diane tiene razón —la apoyó Jerome. Él tenía los mismos ojos castaños que su padre, al igual que sus ondas rubias por debajo de

las orejas. En cambio, era igual de esbelto que su madre—. Podemos quedarnos aquí unas semanas más. O irnos a algún lado. Volvamos a Londres a ver a los abuelos. No tenemos...

Dejó de hablar cuando se dio cuenta de que su madre ya no lo escuchaba. Ninguno la culpaba, sabían que no lo hacía a conciencia. Cargaba con demasiado, todo estaba pasando demasiado deprisa y era normal que la mujer no quisiera que sus hijos también vieses pausada su vida. Con la suya era suficiente.

—Mamá... —Diane llamó de nuevo su atención—. Descansa con nosotros —suplicó cuando su madre la miró—. No queremos que te dé un infarto a ti también.

La mujer le dedicó una sonrisa tierna y luego se abrazó a sí misma. Volvió a perder la mirada azulada sobre la mesa y los papeles que la tendrían en vela toda la noche. Diane no quiso ni mirarlos. Prefirió observar una de las figuritas decorativas situadas entre las pantallas de ordenador: una bailarina con un vestido con falda de tul de color celeste, todo de cristal, como el charco que pisaba. Abajo, en el soporte, estaba el logo de la empresa, Lefèvre, escrito con una fuente simple y elegante dentro de un rectángulo sobrio. Aquellas figuras eran una de las tantísimas cosas que no comercializaban pero que Diane soñaba con poder añadir al catálogo en algún momento. Una quimera que si no dejaba atrás era porque su padre no se lo habría permitido. Sabía que él lo quiso también, pese a que su madre nunca le vio sentido. Ella lucharía por su sueño y el de su progenitor.

Hasta poder alcanzarlo, se seguirían enfocando en la oferta de mobiliario e infraestructuras. Todo compuesto de cristal, en donde solo añadían otros materiales cuando era necesario para dar estabilidad a los muebles... o para aportar decoración.

Por todo lo demás, su vida se sostenía sobre pilares cristalinos. Algo que sus padres antaño quisieron que fuera de forma literal, en casa, pero que los arquitectos que se encargaron de construir su mansión echaron por tierra. La obsesión por el cristal de los Lefèvre no podía convivir con la seguridad de su familia, a su pesar.

Diane dejó de mirar a la bailarina y llevó su atención de nuevo a su madre. Jerome se levantó, rodeó el escritorio y fue hacia ella para abrazarla y darle un beso en la coronilla. La mujer lo agradeció, sonriéndole pese a tener los ojos empapados. Diane no imitó a su hermano porque, si lo hacía, acabarían llorando las dos.

Se quedó sentada en su sitio y pensó en qué pasaría de allí a diez años, cuando Jerome y ella tuvieran que decidir si tomaban la dirección de Lefèvre. ¿Lo soportaría su madre? ¿Les pediría ceder y vender la empresa? Martha Lefèvre era capaz de sacarla adelante sola y de mucho más, pero Diane sabía que no podría soportar seguir trabajando en algo que le traía tantos recuerdos.

La primera pieza de cristal que diseñaron sus padres fueron sus anillos de compromiso. La mujer llevaba aún el suyo; el de su padre estaba guardado junto a otras tantas de sus pertenencias. Diane no quería que la empresa que los había hecho llegar tan lejos se fuera a perder por culpa de un infarto. Este ya había acabado con la vida de su padre, no lo haría con nada más. No mientras ella pudiera hacer algo para impedirlo.

1

Ashley

DIEZ AÑOS DESPUÉS

Ashley miró la hora en el móvil y comprobó que, en efecto, llegaba tarde.

«Como siempre», pensó, y el simple hecho de hacerlo y ser consciente la ayudó a, al menos, acelerar un poco sus pasos. Ni siquiera reparó en que no volvería a pisar el suelo del Parson Paris nunca más. Con su título en las manos y el máster ya decorando su currículum, regresar al que había sido su último centro de estudios no formaba parte de sus planes. Ashley tenía muchos, pero ninguno pasaba por estudiar de nuevo. No al menos por un tiempo.

Corrió por los pasillos maldiciendo la luz del sol que atravesaba los ventanales —de techo a suelo— típicos de la escuela. Había pasado dos años de su vida allí y, en el último, aún no se había acostumbrado. Y eso que en París el sol a veces *brillaba* por su ausencia. Pero no ese día, en el que Ashley debería estar camino a las oficinas centrales de Tremode, la empresa que había aceptado su solicitud de prácticas y donde no iban a estar contentos si su nueva aprendiz de modista llegaba tarde.

Maldijo a las puertas del Parson Paris y buscó en su teléfono la aplicación para solicitar un medio transporte. Los guantes que siempre llevaba puestos estaban diseñados para que la pantalla táctil de su móvil leyera sus huellas y, aun así, maldijo cuando el sudor y los

nervios le impidieron conseguirlo. Se quitó uno para hacer el trámite y luego se lo puso de nuevo. Sintió que la suerte estaba de su lado al ver que un conductor aceptaba ir a recogerla en diez minutos. Eso la dejaba en las oficinas de Tremode en poco más de veinte, y teniendo en cuenta que si optaba por el transporte público tardaría al menos media hora... Ashley negó y pidió el coche. En solo ocho de los diez minutos previstos, su conductor ya estaba allí.

—¿Ashley Mendoza? —le preguntó el señor. No tendría más de cuarenta años y tampoco mucho pelo, pero su piel amarronada y el acento con el que pronunció su apellido le dio a entender que era latino como ella.

—Sí —confirmó.

Mientras lo esperaba, Ashley había tenido tiempo de poner a resguardo su título en su maletín y de comprobar en el *email* que había recibido la versión digital. Aun así, dentro del coche, la chica se aseguró de llevar todo lo necesario consigo. Lo que la llevó a ignorar al hombre hasta que este le habló de nuevo.

—Estudiante de moda, ¿no? —quiso saber. Si era porque abandonaban uno de los campus más famosos de Europa o por el estilismo de Ashley, ella lo desconocía. Asintió por educación, pero no respondió—. He recogido a muchos chicos y chicas de este campus —le contó con un amago de risa educada—. Todos tenéis mucho estilo. Si me tuviera que poner yo algo de lo que hacéis...

Ashley llevaba poco más de dos años en París y, aunque hablaba y entendía el francés, a veces se le escapaban algunas cosas dependiendo del tono que emplearan los hablantes. A aquel hombre le pasaba como a ella: su acento latino alteraba la pronunciación de ciertas palabras. Lo entendía, pero de primeras le fue difícil.

No era culpa del conductor, a Ashley nunca se le habían dado del todo bien los idiomas pese a ser políglota.

—Cada estilo es único —le dijo al señor al no saber qué más comentar—. Todos tenemos uno acorde a lo que nos hace sentir bien. Es cuestión de estado de ánimo.

Luego, el hombre comenzó a explicarle cómo vestía solo con ropa cómoda para trabajar. Ashley lamentó evadirse de la conversación, pero estaba demasiado nerviosa para prestarle atención. ¿Halagarían su imagen en Tremode? La firma era una de las mejor valoradas de toda Europa. Siempre fue su objetivo desde que llegó a Parson Paris a estudiar su máster en Moda. Tras varios años en Reino Unido, Ashley asumió que Francia debía ser el rincón del mundo donde expandir su talento. Aún no se creía que Tremode hubiera aceptado su solicitud, y esperaba que su imagen no fuera lo que decidiese si se quedaba o no. Ashley amaba la moda, pero no para vestirse ella. Que su conductor hubiera adivinado a qué se dedicaba solo podía ser porque lo había llamado desde el Parson Paris, no por su imagen: llevaba un mono verde botella bajo un poncho corto negro de seda, una de las pocas piezas que aún guardaba de sus años de prácticas en Reino Unido. El mono, en cambio, se lo había comprado en unos grandes almacenes.

Buscó la pantalla bloqueada de su móvil y miró nerviosa su reflejo en ella. Tenía el pelo intacto: castaño oscuro y tan lacio que no tenía forma, recogido en una coleta baja con un enganche metálico elegante. Se le habían soltado unos mechones que le enmarcaban la cara. Tenía el pelo limpio porque se lo había lavado la noche anterior, pero esos dos dichosos mechones ya empezaban a demostrar que habían sido manoseados demasiadas veces. Ashley los obvió cuanto pudo para comprobar que al menos su maquillaje estaba impoluto. Los polvos matificantes habían ayudado a que la grasa natural de su piel no arruinara su base, y la línea de ojos... esa siempre estaba intacta.

Si no tenía éxito en el mundo de la moda, el arte del maquillaje era una buena opción. Si bien solo como excepción.

—Llegamos —avisó el conductor, sacándola de su trance.

«¿Cuándo han pasado los veinte minutos?», se preguntó.

Al comprobar en el móvil que sí se habían dado como tal, no lo cuestionó y salió del coche tras darle las gracias. Oyó la alerta de la aplicación del banco avisándole del cobro del viaje y aprovechó para ponerlo en silencio y guardarlo en su maletín. Esperaba no tener que volver a

sacarlo hasta que tuviera que escribirle a su madre para decirle que Tremode no le había echado o para avisar a su mejor amiga de ir a comer.

Las oficinas de la firma estaban en un edificio céntrico de París en donde otras empresas tenían alquilados sus pisos. En el caso de Tremode, Ashley sabía que tenían al menos diez plantas en propiedad solo para las oficinas centrales. A lo largo de Francia tenían más, pero ella había sido citada allí porque no se iba a desplazar de la capital. Le costó aceptarlo tanto como cuando le mandaron el *email* de confirmación.

Sabiendo que llegaba tarde, decidió no distraerse más y fue directa al inmenso mostrador del vestíbulo.

Tremode se caracterizaba por su estilo vanguardista y elegante. Tenía toques minimalistas y sobrios que luego adaptaba a sus colecciones de forma sublime. Ashley no se llevaba del todo bien con los colores vivos o la extravagancia, así que era un lugar ideal en el que empezar a trabajar. Aunque el chico de recepción no pareció muy interesado en ayudarla con ello cuando lo saludó.

—¿Sí? —preguntó sin mirarla.

Ashley tomó aire, nerviosa.

—Soy Ashley Mendoza. Tengo cita a las once en punto.

—¿Para? —volvió a cuestionar, aún sin levantar los ojos.

Ella titubeó, confusa. Hasta giró sobre sí misma cuestionándose si estaba preguntando en el sitio correcto. El vestíbulo era amplio y oscuro, apenas había unos maniqués en rincones estratégicos con algunos conjuntos de colecciones pasadas. Se había aprendido algunos icónicos por si le preguntaban. Para su desgracia, ninguno de los que vio. Eso la puso más nerviosa.

—Prácticas —le contó. Cuanto más temblaba, peor se entendía su francés—. Empiezo hoy mis prácticas aquí. Fui citada... —Empezó a abrir su maletín en busca de la fotocopia de su *email* de confirmación, pero el chico ya se había alzado.

—Sígueme.

El muchacho no se giró a comprobar si lo seguía porque Ashley lo dejaba claro con las zancadas que daban sus botines de tacón. Eso, o le

daba igual. Esperó mientras usaba su tarjeta de trabajador para acceder a un pasillo trasero y de allí se dirigieron a unos ascensores. No le dio tiempo a comprobar los cuadros de las paredes —fotografías de desfiles de la última semana de la moda de París— porque el chico se subió a uno y apenas le dio unos segundos para hacer lo mismo. Dentro, su guía pulsó el botón que los llevaba a la planta más alta.

No hizo ningún comentario porque él seguía sin mirarla. En el fondo le iba bien. Cuanto más tuviera que hablar, más nerviosa se pondría. Pero si no empezaba a hacerlo ahora que no tenía a ningún responsable delante... La situación se podría poner en su contra.

—¿Llego tarde? —quiso saber. El chico negó, con la vista clavada en el techo del ascensor—. ¿Soy la única? No sé si...

—Sí —aclaró. Segundos después, las puertas se abrieron—. La directora tampoco ofrece demasiadas plazas, apenas una o dos por temporada. Tener que instruir a estudiantes según la política de la empresa lleva demasiado tiempo.

No pudo ni asimilar que el chico estaba hablándole. Lo que dijo la sorprendió tanto que Ashley se quedó atrás, a punto de ver las puertas del ascensor cerrándose con ella dentro. Se dio un impulso para salir y seguirlo de nuevo.

—¿La directora? —preguntó, recuperando la distancia—. ¿Marion Tremaine? ¿Voy a reunirme con ella?

El *email* le había dicho que su reunión sería con su instructora. Tal vez pecaba de torpe, porque esa información estaba en la solicitud a la que ella aplicó. No pudo evitar maldecir no haberse fijado en algo así. El recepcionista se giró hacia ella con desdén, lo que le demostró que debería de haberlo hecho.

—Obvio —dijo antes de darle paso a una sala en donde otras tres recepcionistas alzaron la vista hacia ellos—. La nueva —informó el chico justo antes de dejarla dentro e irse sin decir nada más.

Las tres recepcionistas no mostraron mucha más amabilidad que él cuando Ashley dependió de ellas. Se fijó en la que cogió el teléfono y se lo puso en la oreja. Apenas esperó dos segundos hasta que recibió respuesta.

—Está aquí —comunicó sin más.

Y solo unos instantes después, la puerta que Ashley no había visto hasta que se abrió dio paso a Marion Tremaine.

Era tan elegante como se dejaba ver en cualquier evento o entrevista en donde la hubiera visto, y alta, llevaba unos tacones granates que la alzaban aún más. Su cuerpo normativo iba embutido en un vestido sencillo y elegante a juego con los zapatos. Su pelo ondulado y moreno le caía por el hombro derecho, dejando ver un pendiente de oro, ancho y ondulado, en la oreja izquierda que le llegaba hasta el mentón y hacía juego con el anillo que llevaba en la mano derecha que le tendió a Ashley.

—¿Ashley Mendoza? —le preguntó.

Ella asintió antes de darle la suya. No le dio tiempo a quitarse el guante.

—Es un placer, madame Tremaine.

Se refirió a ella como lo hacía todo el mundo. La directora de Tremode no le hizo ver si se equivocaba, solo sonrió.

—Llegas antes de tiempo; demos un paseo mientras hablamos.

No le dio tiempo a sentirse perdida por el comentario, ya que empezó a andar y Ashley tuvo que seguir sus pasos. Solo mientras iba detrás de ella pudo comprobar que la simpleza de su vestido se rompía con el escote en uve que tenía la espalda.

Marion Tremaine había sido agradable a simple vista, desde luego más que sus trabajadores. Con esa sonrisa carmín teja, la mujer se dejó ver cercana con una Ashley que no sabía muy bien qué esperar. No se había preparado para tener que promocionarse frente a la directora.

Fue a su espalda mientras la llevaba por los pasillos de las oficinas. Tenía los ojos verdes y brillantes, a diferencia de los castaños de Ashley. Toda su apariencia le daba un poder extraño, como si ya de por sí no fuera la persona más poderosa allí.

—Háblame de ti, Mendoza —la animó—. ¿Quién eres?

Era más que obvio que ella no debía de haber elegido su candidatura al puesto, porque tuvo que mandar infinidad de documentos presentándose en ellos.

—Bueno... —comenzó a decir. Recuperó algo de entereza antes de seguir—. Soy una joven apasionada de la moda que lleva más de siete años preparándose para poder trabajar con los diseñadores más aclamados.

—¿Con? —la mujer preguntó.

A Ashley le costó más tiempo del deseado entender a lo que se refería.

—Para —se corrigió. Trabajar *con* diseñadores no era lo mismo que hacerlo *para* ellos—. Pero mi objetivo a la larga es que puedan confiar en mí lo suficiente como para que mis ideas se lleguen a tener en cuenta.

No era un mensaje original, pero sí sincero. La directora asintió mirando al frente.

—He visto tu currículum —la sorprendió diciendo—. Has pasado muchos años en Reino Unido, ¿cierto? —Asintió, sin que la mujer se girara a verla—. Estudiaste Bellas Artes en Oxford antes de ir a Kent.

Se había aprendido bien su trayectoria.

—Así es, madame Tremaine.

—¿Qué te trajo a París? —indagó—. La Parson Paris no acepta a cualquiera. En eso se parecen mucho a Tremode.

Lo tomó como un halago pese a que la directora parecía sorprenderse de que ella encajara en la ecuación.

—La moda británica no cuadraba conmigo, no al menos en esta etapa de mi vida en la que siento que pertenezco más a estilos vanguardistas europeos. —Devolvió de alguna forma el halago a Tremode.

La directora lo ignoró.

—¿Es por eso por lo que abandonaste América? —curioseó entonces.

Ashley no supo qué responder ante eso y con su silencio provocó que Marion Tremaine volviera el rostro hacia ella. Seguían andando por un pasillo sombrío e interminable. La chica no se vio capaz de hablar hasta que la directora abrió una puerta y la hizo entrar. No supo a dónde hasta que se encontró en un despacho que parecía acoger

reuniones muy pobladas. Solo había una mesa alargada de lado a lado y, en las paredes de cada extremo, dos cuadros modernistas de los que Ashley no supo identificar los autores.

—Sí —dijo al fin—. La moda americana tiene un estilo innegable, pero no concuerda con mis preferencias a día de hoy. Tal vez en el futuro regrese, pero no ahora.

Sabía que no debía mostrarse ni centrada en el presente ni ignorando el futuro. Debía dejar claro que quería aprender y que estaba dispuesta a seguir cualquier camino. A su directora eso pareció resultarle más interesante. Se sentó contra la mesa y se cruzó de brazos. Con la cercanía, Ashley pudo apreciar que tenía la piel clara, muy tersa y cuidada, algo común en personas como Marion Tremaine que, en la cincuentena, tenían de todo a su alcance para cuidarse y fingir que las arrugas eran solo problema de pobres. Si bien la mujer frente a ella mostraba las suyas abiertamente.

A Ashley siempre le había parecido una mujer atractiva porque nunca se había preocupado demasiado en ocultar el paso del tiempo en su piel. Se cuidaba, como muchas personas, pero si había acudido al quirófano o algo por el estilo lo había hecho de forma sutil y elegante. A ella le era indiferente si lo había hecho o no, seguía intimidándola de la misma manera.

—Tienes un nombre bonito, Ashley —reconoció. Ella no dio las gracias porque no era algo que hubiese elegido—. ¿Por qué tienes un nombre inglés si eres peruana?

Esa mujer había estudiado bien su ficha personal.

—A mi madre le encantaba. Llegamos a los Estados Unidos siendo yo un bebé. Antes de mudarnos decidió ponerme un nombre inglés como forma de aceptar los nuevos comienzos.

No iba a decirle que emigraron a Estados Unidos en busca de oportunidades nuevas porque Perú se les quedaba pequeño. Ni que sus padres se divorciaron al poco tiempo de instalarse en Montana. Solo le había preguntado por su nombre.

—¿Por qué le gustaba ese nombre? —indagó más.

Ashley dudó.

—Uno de sus significados es «resurgir de las cenizas» —explicó—. Esperaba que me contagiara de ello y me volviera una persona que no se rinde nunca.

—¿Lo logró?

Ashley dudó antes de responder.

Marion Tremaine había buscado el significado de su nombre antes de preguntárselo. Era obvio que aquellas preguntas estaban dirigidas a un punto en particular que ella no conocía todavía.

—Sí. —Le pareció la respuesta más obvia—. Tengo veinticinco años, casi veintiséis, aún soy joven, pero llevo siguiendo mi camino y mis deseos desde que tengo uso de razón y ni la distancia o el tiempo me han frenado.

Sí lo había hecho el echar de menos a su madre, o al tener que trabajar en mil sitios a la vez para poder pagar el alquiler cuando las becas que ganaba no incluían residencia. Pero eso, de nuevo, no le importaba a su directora.

—¿Sabes por qué llamé a mi firma Tremode? —le preguntó la mujer.

Como imaginaba, todo estaba orquestado para llegar a ese punto. Ashley negó porque, pese a haber estudiado la marca y a su directora durante dos años, la respuesta a esa pregunta no era de conocimiento público, nunca la había contestado en ninguna entrevista porque nunca se la hacían. Tal vez lo tenía acordado, o era algo demasiado obvio. Ashley se imaginaba la respuesta, pero sabía que su nueva jefa quería dársela ella misma. La dejó.

—Porque yo soy moda —comenzó—. Lo soy desde que era pequeña y criticaba los estilismos de mis padres para ir a trabajar. Lo soy desde que adaptaba mi uniforme en el colegio para hacerlo diferente, para destacar entre los demás. —Marion Tremaine venía de familia pudiente, eso sí lo sabía—. Lo soy desde que cualquier materia que estudiara, la dirigía al mundo de la moda: ciencias, gimnasia, lengua, matemáticas... Todo lo arrastraba a ese terreno. —Ashley asintió solo para

dejarle saber que estaba escuchando—. Yo soy moda, Ashley Mendoza, y cuando di vida a mi propia firma lo que quería conseguir era que la moda fuera yo.

Tremode no era más que la mezcla de las palabras Tremaine y *mode*. Era obvio que para su creadora ese nombre implicaba mucho más.

—Quiero que seas así —más que pedirle, le ordenó sutilmente—. Quiero formar a gente como tú, con ideas claras y convicción. Con nombres que signifiquen no rendirse, porque solo quiero trabajando conmigo a gente igual que yo. —Ella dudaba ser como la gran madame Tremaine, pero como tantas otras cosas, no se lo dijo—. No quiero gente que ame la moda, Mendoza; quiero gente de la que la moda mundial se enamore.

Eso iba a ser más difícil, si bien no dejaba de ser un objetivo que llevaba con ella demasiado tiempo. Aquel era su campo, su destino, y lo único que le faltaba era suerte y confianza. Si no era por Marion Tremaine, quién más podría ver en ella la posibilidad de triunfar en lo que amaba.

Esperaba conseguirlo. Faltarle al significado de su nombre no entraba en sus planes.